

SAMUEL BECKETT

Los días felices



Lectulandia

«*Los días felices* es un símbolo», dice Peter Brook, sin explicar de qué: de la fuerza del instinto de supervivencia, del avance imperceptible del deterioro físico, de la fe en la benignidad de un futuro incierto...

El actor Cyril Cusack afirmó que la escritura de *Happy Days*, según el propio Beckett reconocería, fue sugerida por su mujer, Maureen Cusack, quien pidió al dramaturgo que escribiera una obra «alegre» después de *La última cinta*.

Lectulandia

Samuel Beckett

Los días felices

ePub r1.0

Titivillus 19.01.16

Título original: *Happy Days*
Samuel Beckett, 1961
Traducción y edición: Antonia Rodríguez Gago
Retoque de cubierta: Castii114

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Introducción

1. SAMUEL BECKETT, VIDA Y OBRA: «DE UN SILENCIO A OTRO^[1]»

L'artiste qui joue son être est de nulle part.

Et il n'a pas de frères.

One is a Victim of all one has written

Samuel Beckett^[2]

En el panorama literario del siglo xx, el escritor Samuel Beckett —ensayista, poeta, novelista y dramaturgo— destaca de un modo singular y se ha convertido en un punto crucial de referencia tanto en los ámbitos literarios como teatrales. Considerado como uno de los escritores actuales más influyentes, sin embargo, sus obras siguen suscitando pasiones encontradas de ferviente admiración y de rechazo apasionado. Beckett es el escritor contemporáneo vivo sobre el que más se ha escrito y desde los puntos de vista más diversos.

Se han escrito más libros sobre Jesucristo, Napoleón y Wagner, en este orden, que sobre nadie. Predigo que en el año 2000 Beckett puede ser el cuarto de la lista si el diluvio actual de literatura beckettiana continúa^[3].

Este «diluvio» crítico continúa y en vez de facilitar y favorecer la comprensión de las obras originales, ha creado, en muchos casos, una aureola de dificultades en torno a ellas, que ha privado a muchos lectores (o espectadores), del placer de poder disfrutar sin prejuicios de las creaciones originales. Frecuentemente, se ha presentado a Beckett como un filósofo, epígono del existencialismo más pesimista, y no como un escritor, un gran poeta, revolucionario de los géneros narrativo y dramático. Hay que confesar, a este respecto, que la crítica «beckettiana» actual ha dado un giro bastante positivo, centrando sus estudios más sobre el *cómo* que sobre el *qué*, más sobre el estilo literario y el proceso creativo de este autor, que en dilucidar «oscuridades» filosóficas o ideológicas creadas en ocasiones por los propios críticos.

Beckett no ha escrito ni una línea «oscura» en su vida; las dificultades que, sin duda, presentan sus obras radican esencialmente en su originalidad formal; en el hecho de que no se pueden clasificar ni incluir con facilidad dentro de ningún sistema, teoría o movimiento literario y por tanto exigen del lector/espectador una actitud de concentración especial, una aproximación abierta sin prejuicios (como lo exige cualquier obra de arte original). La estética beckettiana es única e inconfundible y uno de sus rasgos fundamentales es presentar temas «trágicos», como la brevedad de la vida, la soledad, la degradación, la impotencia y el sufrimiento humanos, encarnados en formas radicalmente cómicas. Maestro de la parodia y de la ironía y

dotado con un sentido del humor corrosivo e inimitable, Beckett crea un mundo propio poblado de seres extraños a veces, familiares otras, que no es sino una metáfora de nuestro propio mundo. Lo «beckettiano» es un adjetivo que se ha hecho familiar, incluso para quienes no han leído a Beckett.

Se ha mencionado el famoso «pesimismo» beckettiano, es necesario aclarar, a este respecto, que Beckett no cree ser pesimista —como Thomas Bernhard, uno de sus «discípulos» más lúcidos, tampoco lo creía—; su obra refleja, metafóricamente, su experiencia vital; sus propias palabras sobre este tema nos parecen significativas:

Si pesimismo es un juicio en el sentido de que el mal sobrepasa al bien, no se me puede acusar de pesimista ya que no tengo ni deseos ni competencia para juzgar. Simplemente he encontrado más de lo uno que de lo otro. (Carta a Tom Bishop, 1978).

Beckett nunca ha entrado en ningún tipo de controversia o exégesis sobre su obra, pero sí ha mostrado cierta preocupación por la excesiva proliferación crítica en torno a ella: «¿Cuándo dejarán de hacerme querer decir más de lo que digo?» (a Raymond Federman, citado en *The Critical Heritage*, pág. 10). A raíz de la aparición de la voluminosa obra bibliográfica de Raymond Federman y John Fletcher: *Samuel Beckett: His Works and His Critics, an Essay in Bibliography* (Berkeley, Los Angeles y Londres, University of California Press, 1970), el profesor Hugh Kenner comentaba:

Deseo tanto como el Sr. Beckett que las obras que todavía no se han recogido (en la citada bibliografía), se queden sin recoger^[4].

En efecto, la preocupación que expresa el profesor Kenner, haciéndose eco de las palabras del autor, es comprensible dada la sorprendente multiplicidad de interpretaciones y la diversidad de teorías elaboradas sobre una obra única que rechaza en sí misma todo sistema y trata de eludir cualquier tipo de clasificación. Esto no quiere decir que Beckett haya surgido de un *vacúum*, nada más lejos de la realidad. Es un escritor perfectamente enraizado en la estética de este siglo, formado por las ideas e influido por los acontecimientos de este siglo —como se irá viendo en esta introducción—. Beckett es un claro paradigma de la conciencia dividida del artista contemporáneo, de su radical inseguridad, desconfianza e insatisfacción. Poseedor de una gran cultura, su obra está relacionada con autores y tradiciones del pasado que han dejado en ella sus huellas indelebles. Considerado discípulo de escritores tan diversos como Proust, Joyce, Sartre, Kafka, es maestro del lenguaje para unos y destructor de la novela —o el teatro— para otros. Se le erige como epígono del modernismo, del surrealismo, del existencialismo y también como padre

del post-modernismo, del *nouveau roman*, o del teatro del absurdo... En sus obras los críticos encuentran las huellas de Pitágoras, Zenón, los presocráticos, San Agustín, Descartes, Geulincx, Berkeley, Pascal, Schopenhauer, Heidegger y Nietzsche entre los filósofos; Mauthner y Wittgenstein entre los lingüistas; Freud y Jung entre los psicólogos; San Agustín, Dante, Shakespeare, Cervantes, Calderón, Milton, Swift, Sterne, Synge, Yeats, Pirandello, Chejov, etc. entre los escritores.

Los ecos de estos y otros escritores o de diversas convenciones literarias se hallan ciertamente en la obra de Beckett, aunque no haya que reconocerlos para poder disfrutar de ella. Cualquier lector/espectador puede entrar en el mundo beckettiano sin mediación crítica alguna y quedar fascinado por la belleza de su lenguaje y sobrecogido por sus impresionantes imágenes escénicas. Uno de los principales atractivos de toda la escritura beckettiana es su notable cualidad «oral»; al leer sus obras nos hacemos confidentes de sus personajes, escuchamos sus voces y participamos con ellos en el propio acto creativo. «Vivir es inventa» —dice Malone, paradigma de los escritores beckettianos— y tanto la vida como el origen de la creatividad son un misterio. Para Beckett, la vida es «un silencio» y la obra de arte «otro». La vida y la obra de este autor están intrínsecamente unidas; por tanto, en lo que sigue, iremos de «un silencio a otro», presentando la obra y señalando los hechos biográficos más importantes en tanto estos hayan tenido alguna incidencia sobre dicha obra; la vida privada de Beckett, que tan celosamente ha tratado de proteger, sólo le pertenece a él.

Leer cronológicamente a Beckett ayuda, sin duda, a conocer y comprender mejor toda la variedad y complejidad de su arte. Un arte que es «totalmente inteligible y totalmente inexplicable^[5]».

1. Orígenes y primeras influencias

Samuel Barclay Beckett nació el 13 de abril de 1906, un Viernes Santo para la leyenda. Se acepta esta fecha simplemente porque él lo ha dicho siempre, incluso antes de ser famoso. Sin embargo, su partida de nacimiento señala el 13 de mayo y el registro oficial de Dublín, el 14 de junio^[6]. Esta confusión de fechas en torno a su nacimiento se aclara en cierto modo al saber que, en Irlanda, los padres acostumbran a dejar pasar un período indeterminado de tiempo —normalmente un mes— antes de inscribir a sus hijos como ciudadanos públicos; al parecer, los padres de Beckett tardaron dos meses. Estas dudas sobre la fecha *real* de su nacimiento, no han hecho sino incrementar los equívocos acerca de lo que este autor llama: «la leyenda pública de mi vida.»

A fomentar esta «leyenda pública», ha contribuido considerablemente la biografía

de Deirdre Bair^[7] que, en determinados aspectos, es bastante poco fiable. Contra ella han arremetido críticos notables, como Richard Ellmann, Hugh Kenner, Martin Esslin o John Calder, entre otros, acusando a la autora de hacer afirmaciones poco documentadas, basándose en entrevistas anónimas, ya que, como el propio autor, muchos de sus amigos se negaron a colaborar con Bair. Esta biografía no hubiera sido posible, como su propia autora reconoce, de no haber tenido acceso a la correspondencia entre Beckett y su íntimo amigo, el poeta irlandés Thomas McGreevy, de 1930 a 1967. Toda la información sobre estos años está bien documentada por estas cartas, cuya edición por separado, como sugiere el profesor Calvin Israel, hubiera sido una «contribución más seria a los estudios beckettianos», que esta biografía^[8].

La lectura de estas cartas es de gran interés, pues previamente a su publicación se tenían pocos datos sobre la vida y los sentimientos íntimos de Beckett, aunque su lectura, en vida del autor, nos produzca cierto malestar sabiendo los enormes esfuerzos que éste ha hecho por proteger su vida privada. Hay que reconocer, no obstante, que, especialmente la primera parte de tan denostado libro, constituye una lectura apasionante, aunque presente «un retrato de Samuel Beckett que pocos de quienes le conocen podrán reconocer, ...un retrato de un hombre que se parece más a sus personajes que a él mismo^[9]» en palabras de John Calder, amigo de Beckett.

Los datos biográficos que se presentan a continuación han sido contrastados con fuentes que creemos fiables.

Puedes decir que mi infancia fue feliz... mis padres hicieron todo lo posible para hacerme feliz. Pero a veces me sentía solo (Beckett a Lawrence Harvey, 1970).

Como sus compatriotas George Bernard Shaw, Oscar Wilde y William B. Yeats, Beckett procede de una familia protestante de la clase media. Su madre, May Roe, era muy religiosa y leía la Biblia a sus hijos frecuentemente. «Me educaron casi como un cuáquero, pero pronto perdí la fe», diría Beckett a Harold Hobson (1916).

Su padre William Beckett, era aparejador, muy aficionado al deporte y disfrutaba dando largos paseos por el campo, afición que muy pronto compartiría su hijo Samuel. Una viva imagen de estos paseos con su padre aparece en una de sus últimas novelas *Worstward Ho*:

Hand in hand with equal plod they go. In the free hands-no. Free empty hands. Backs turned both bowed with equal plod they go. The child hand raised to reach the holding hand. Hold the old holding hand. Hold and be held. Plod and never recede... One shade. Another shade^[10].

Esta imagen de padre e hijo caminando por los senderos, «the back-roads», de las montañas de Dublín, es una de las más recurrentes en sus obras.

Beckett comienza su carrera de políglota en el «Kindergarten» de Miss Ida Elsner, en Stillorgan, iniciándose en alemán. En 1912, ingresa en el colegio Earlsfort House de Dublín, donde comienza a estudiar francés y piano. Le gustaba mucho dibujar, y los vagabundos que veía por el campo en las excursiones que hacía con su padre, serían uno de sus temas favoritos. Un recuerdo penetrante de estos años es el ver desde las colinas de Dublín, la ciudad ardiendo, un día de la semana de Pascua de 1916.

En 1920, Samuel se reúne con su hermano Frank, cuatro años mayor que él, en el prestigioso colegio Protora Royal School, en Enniskillen, Irlanda del Norte, donde había estudiado Oscar Wilde. Beckett no destacó académicamente, pero sí en casi todos los deportes, especialmente en cricket y rugby:

Lo que me arruinó, en el fondo, fue el atletismo. Con tanto saltar y correr cuando era joven, e incluso mucho después, en ocasiones especiales, gasté la máquina antes de tiempo. Ya he cumplido los cuarenta y todavía lanzo la jabalina.

Este es el comentario irónico sobre sus aficiones deportivas, tal como lo relata el narrador de «Horn Came Always^[11]». Donde Beckett sí adquirió merecida fama de alumno brillante, si bien poco ortodoxo, fue en el Trinity College institución universitaria dublina de gran prestigio desde su fundación en 1591.

Beckett ingresó en el Trinity en 1923 para estudiar Filología Moderna: francés e italiano. Dos profesores influirían decisivamente en su orientación académica, su tutor, Aston Luce, con quien estudia las obras de Descartes y Berkeley, y el catedrático Thomas B. Rudmose-Brown, poeta, además de académico, que le introduce en la literatura francesa, transmitiéndole su amor por Racine y su desprecio a Corneille. No es pues extraño que el primer intento dramático de Beckett, un «sketch» satírico titulado *Le Kid*, lo subtitulara «una pesadilla corneilliana». Rudmose-Brown pone a Beckett en contacto con los poetas Valery-Larbaud, L. p. Frague y Francis James, que luego serían amigos suyos, cuando se traslada a vivir a París.

Asistía a las clases de italiano del profesor Walter Starkie, con quien estudiaba Pirandello; pero es también con Rudmose-Brown con quien hace una lectura apasionada de *La Divina Comedia* de Dante. Este autor es, sin duda —junto con Descartes— de los más influyentes en la formación de Beckett, y está presente de un modo muy especial en sus primeras obras.

En los últimos años de esta etapa universitaria, Beckett se hace asiduo de los bares y los teatros de Dublín, especialmente del Abbey Theatre, hogar de los nacionalistas irlandeses, donde se montaban las obras de O'Casey, Lennox Robinson y Lady Gregory, entre otros autores. Beckett admiraba a O'Casey, pero le fascinaba